



SILVIA
MARTÍNEZ-MARKUS

BIOGRAFÍA JOVEN

CARLO ACUTIS

ESTARÉ CONTIGO
PARA SIEMPRE

bam
bú

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2021, Silvia Martínez-Markus, S. A.
© 2023, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
editorialbambu.com

© Ilustración de cubierta: Carmen Segovia, 2023
Diseño de la colección: Enric Jordi y Eva Fàbregas
Fotografías: Aci, Thinkstock, Asociación Amici di Carlo Acutis

Primera edición: septiembre de 2021
Primera edición en Bambú: septiembre de 2023
ISBN: 978-84-8343-941-8
Depósito legal: B-12994-2023
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL, Fuenlabrada (Madrid)

El papel utilizado para la impresión de este libro procede de bosques
gestionados de manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o
transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;
91 702 19 70 / 93 272 04 45).

LONDRES, 1991

Dios ha escrito una historia única e irrepetible para cada uno de nosotros, pero nos ha dado la libertad de elegir el final.

Londres, la capital húmeda y lluviosa de un antiguo imperio que movió hilos y fronteras en todo el mundo, que decidió para bien o para mal el destino de naciones y de millones de seres humanos. Centro económico, cultural y laboral para personas de todos los continentes.

Allí vivían y trabajaban dos jóvenes milaneses, Andrea Acutis y Antonia Salzano, y en Londres nació, un año después de su boda, su primer hijo, Carlo.

Era el viernes 3 de mayo de 1991. Bajo un cielo gris soplaban un viento fresco que movía las hojas de los árboles en The Regent's Park, junto al hospital Portland de Londres.

Carlo, un niño de pelo castaño con la cara algo hinchada por el parto, enseguida comenzó a llorar. Lo rodeaban sus padres, sus abuelos y su bisabuela Adriana, que habían viajado desde Italia para conocerlo.

Poco a poco se dieron cuenta de que era un niño muy sonriente y despierto. En cuanto se espabiló y abrió los ojos, comenzó a mirar a su alrededor con curiosidad.

La mirada alegre de Carlo.

Observar con los ojos bien abiertos y con interés a las personas y las cosas que lo rodeaban sería una de las peculiaridades de su vida.

Su familia era cristiana católica, así que el sábado 18 de mayo lo bautizaron en la iglesia Our Lady of Dolours, iglesia de los servitas, en el barrio de Fulham. Un templo de ladrillo oscuro fundado por dos sacerdotes italianos más de un siglo antes.

El tiempo había mejorado desde el día del nacimiento de Carlo, y hacia allí se encaminaron sus padres junto con sus abuelos, su tía Adriana y su bisabuela. Todos estaban muy contentos e iban muy elegantes para la ocasión, también Carlo, al que habían vestido con un traje blanco de encaje. Era el atuendo de cristianar con el que se bautizaba a los niños de su familia desde hacía generaciones. Los padrinos fueron su abuelo paterno, Carlo, y su abuela materna, Luana, y le pusieron por nombre Carlo María Antonio.

Su madre para la celebración de ese día cocinó un pastel tradicional con forma de corderito. Ese dulce era un símbolo de agradecimiento por el nacimiento de Carlo y también para que el recién nacido se convirtiera en un instrumento de salvación en las manos de Dios.

Desde la Antigüedad el cordero representaba la paciencia, la inocencia, la ternura, la fragilidad de la existencia, y en el cristianismo, a Jesús, el cordero de Dios sacrificado por el bien de todos.

El símbolo del cordero será importante en la vida de Carlo, al que su madre regaló de pequeño también un peluche con forma de corderito, que se convirtió en uno de sus juguetes preferidos.

Ese mismo día, a 1500 kilómetros de distancia de Londres, en el centro de Roma, en la ciudad del Vaticano, otro hombre,

rodeado de amigos, celebraba su septuagésimo primer cumpleaños. Era polaco y se llamaba Karol Wojtyła, también conocido como el papa Juan Pablo II.

Llegó la primavera lluviosa y después el verano a Londres, y esos primeros meses Carlo los pasó tranquilo con su madre y con una niñera que la ayudaba a atenderlo.

Contrataron a una joven de origen escocés, muy aficionada al chocolate, a la que se le daba bien cuidar a los niños. Pero un día los padres comenzaron a notar que Carlo no olía a colonia de bebé, sino a algo más fuerte, como a borracho. Poco después descubrieron que el olor era alcohol. Así que estuvieron pendientes para ver qué ocurría, y un día su madre sorprendió a la niñera mojando el chupete de Carlo en un jarabe con paracetamol que contenía algo de alcohol.

«Este jarabe ayuda a los niños a dormir», explicó la mujer a los padres. No logró convencerlos.

Mientras Carlo crecía rodeado del cariño de sus padres, durante el mes de agosto, en Polonia, el papa Juan Pablo II reunía a jóvenes de todo el mundo en una Jornada Mundial de la Juventud. El lema de aquellos días fue: «Habéis recibido un espíritu de hijos». Era la primera vez en la historia que se permitía participar en un encuentro como aquel a personas de naciones del este de Europa. ¿Por qué? En ocasiones anteriores, los gobiernos comunistas de aquellos países lo habían prohibido.

En septiembre de ese mismo año, cuando Carlo ya balbuceaba *papa* y *mama*, los Acutis decidieron regresar con él a Italia por motivos profesionales y para estar más cerca de la

familia. Los acompañó una niñera irlandesa que permaneció con la familia unos meses.

Se establecieron en Milán, al norte de Italia.

Tiempo después se mudaron a un piso de la vía Ariosto, calle que recibe su nombre de Ludovico Ariosto, conocido poeta italiano del Renacimiento. Allí vivió Carlo hasta su muerte.

2

BAUTISMO

Bautismo, convertirse en hijo de Dios.

El abrazo de un padre que te envuelve en sus brazos y te llena de su ternura. Él te ha creado y te quiere con locura, tal como eres, con tus cosas buenas y tus defectos. Nunca te rechazará ni se asustará de ti.

Eres precioso a sus ojos. Obra de sus manos.

Dios ama todo lo que crea. Y te amará siempre de manera incondicional, hagas lo que hagas, y te acompañará hasta el último aliento de tu vida.

Juntos os irá mejor.

Bautismo, ser liberados del poder de las tinieblas. Un nuevo nacimiento a través del agua, que arrastra y borra los pecados.

El bautismo permite a las almas salvarse gracias a la readmisión en la vida divina. «Las personas no se dan cuenta del infinito don que es, y, aparte de la fiesta, la comida y el vestido blanco, que normalmente la gente quiere que tenga encajes, no se preocupan lo más mínimo en comprender el sentido de este gran don de Dios para la humanidad», explicaba Carlo a sus amigos que no estaban bautizados.

3

¿CASUALIDAD O PROVIDENCIA?

¿Crees en las casualidades? ¿En el destino? ¿O crees en la Providencia?

¿Cuida Dios de los seres humanos desde que nacemos?

¿O nos creó y se desentendió de nosotros?

¿Somos libres? ¿Quién escribe nuestro destino? ¿Nosotros mismos?

¿Hay alguien que mueve las piezas de la historia? ¿Quizá los gobernantes que creen manejar guerras, consejos de ministros y leyes?

¿O hay un ser superior que se ríe de ellos, que ve el tablero de juego desde arriba y con perspectiva, que mueve siempre la última ficha y que da sentido a la partida?

Un ser superior que respeta la libertad de los humanos y deja que aprendan de sus errores, que ve más allá...

4

PRIMEROS PASOS EN LA FE

Comienzan las «casualidades».

Centroeuropa, primavera de 1945. El dictador alemán Adolf Hitler se suicida en un búnker de Berlín, después de haber comenzado una guerra que destruyó casi la totalidad de Europa y provocó unos cincuenta millones de muertos.

El país vecino, Polonia, de mayoría católica, fue aplastado por las tropas nazis. En sus territorios aún humeaban los hornos crematorios y volaban las cenizas de los campos de concentración alemanes en los que habían desaparecido la mayoría de los judíos del continente.

Si en algún momento los polacos tuvieron la esperanza de que se levantarían del fango y serían libres tras la guerra, la perdieron cuando los soldados soviéticos entraron allí a luchar contra los alemanes.

Los rusos no se marcharon. Mataron a la mayoría de los oficiales del ejército polaco y sometieron a los civiles.

Les impusieron una dictadura comunista, dependiente de Moscú y dirigida por Iósif Stalin.

Iósif Stalin, el mismo que mandaba a sus enemigos o a personas que no encajaban con el sistema a campos de reedu-

cación y muerte en Siberia a 50 °C bajo cero. El mismo que dejó morir de hambre a siete millones de campesinos, sobre todo en Ucrania. El mismo que dividió Europa en dos. El muro de Berlín fue el símbolo de esa división.

Los polacos tras la guerra no recuperaron su independencia y poco a poco perdieron sus derechos. Entre ellos la libertad religiosa. Su dios pasó a ser el partido, y su religión, honrar a Stalin y a los dirigentes comunistas.

Pero el pueblo polaco no permitió que les pisotearan la cabeza ni el alma. Se hicieron más fuertes. En secreto mantuvieron la religión católica y la practicaron a escondidas, mientras se arriesgaban a ser detenidos y torturados.

De este pueblo salió un sacerdote, un joven huérfano que había pasado varios años en una fábrica de trabajos forzados durante la ocupación nazi y se había formado en un seminario clandestino. Se llamaba Karol Wojtyła. Las autoridades no consiguieron doblegar su fuerza y años después se convirtió en el papa Juan Pablo II.

«¡No tengáis miedo!», fueron unas de sus primeras palabras.

Juan Pablo II desde Roma, junto con otros gobernantes, luchó por la libertad de su pueblo y apoyó a un sindicato polaco de trabajadores llamado Solidarosc, «solidaridad».

Este sindicato fue una de las piedras que golpearon el muro deteriorado de una dictadura que prometía el cielo y te hacía vivir en el infierno, hasta que se resquebrajó.

El 9 de noviembre de 1989 cayó el muro de Berlín y con él la dictadura comunista del este de Europa. Cien millones de personas habían pagado con su vida.

De las ruinas del muro llegó a Italia pocos años después una joven polaca llamada Beata. Había sufrido la falta de liber-

tad, pero su fe era fuerte. Llamó al timbre de un piso de la vía Ariosto para cuidar de un bebé de un año y de nombre Carlo, como su papa polaco.

¿Por qué los padres de Carlo buscaron a alguien de Polonia para cuidar a su hijo? Mariette, la abuela de Carlo, era mitad inglesa y mitad polaca. Durante la Segunda Guerra Mundial huyó de Varsovia y se refugió en Inglaterra, pero se sentía muy polaca. También se daba la coincidencia de que el 3 de mayo, el día que nació Carlo, en Polonia se celebra la fiesta nacional de la Constitución. Sus padres quisieron buscar a alguien relacionado con los orígenes familiares.

Lo primero que llamó la atención de Beata fue la mirada de Carlo, tan brillante, como si irradiara una luz interior. También se dio cuenta enseguida de que Carlo estaba bautizado, pero sus padres no practicaban ni sabían demasiado de religión. Y mientras el niño crecía y comenzaba a comprender la realidad, Beata lo cuidaba y le hablaba de Dios, de la Virgen y de los santos.

Carlo enseguida entendió que no solo existía lo que podía ver y tocar, sino que había algo más, algo espiritual, que lo rodeaba, y aceptó la religión con naturalidad. Se sentía muy atraído por lo divino.

Aprendió de Beata que Dios era su padre y que lo quería muchísimo. Su niñera le explicó quién era la Virgen María, para qué servía una iglesia y que en el sagrario se guardaba, con apariencia de pan, el cuerpo de Jesús, el hijo de Dios.

Carlo tenía unos tres años cuando lo invitaron con más niños a una fiesta. Beata lo llevó y se quedó con él, mientras comían, bebían y jugaban. En un momento dado, uno de ellos

se fijó en un rosario que colgaba del cuello de Beata, y poco después varios niños se reían de ese extraño collar.

La mirada de Carlo.

Carlo se dio cuenta enseguida de lo que ocurría, se acercó a Beata y le dijo con una sonrisa que su collar era el más hermoso del mundo.

Carlo compraba con sus ahorros flores para llevar a la Virgen, o las recogía del campo en sus paseos con Beata o con sus padres y sus perros. Les pedía también entrar en las iglesias para ver a Jesús, encender velas o tirar besos al crucifijo.

Muy seguro de sí mismo y con insistencia preguntaba sobre Dios y la religión a los que lo rodeaban. Cada día las cuestiones eran más profundas. Su madre, perpleja, no sabía cómo ni qué contestarle, así que pidió consejo a una amiga ya mayor, que rezaba mucho.

—Cuando viajes a la ciudad de Bolonia por trabajo, busca a un sacerdote que conozco. Es una persona buena y te puede orientar —le contestó, y le dio su teléfono.

Antonia fue a Bolonia, el cura la recibió enseguida y ella le habló de Carlo. El sacerdote le dijo:

—Hay niños a los que el Señor llama desde pequeños.

Y le explicó que Carlo podía ser uno de ellos.

También le sugirió que estudiara Teología para ayudar a su hijo con las dudas que tenía. Antonia se matriculó en la universidad, donde empezó a aprender poco a poco, durante los fines de semana y el escaso tiempo que tenía libre.

Así comenzó a andar junto a Carlo el camino de la fe.

5

MADRES

Te acompañará desde tu concepción hasta su muerte. Desde que eres un ser humano formado solo por unas células que se multiplican. Naces y te envuelve en sus brazos, te arrulla y te da ternura.

Te educa y camina a tu lado.

No es perfecta, pero su amor suele ser incondicional.

María acompañó a Jesús hasta la cruz.

Santa Mónica y san Agustín, Celia Guérin y santa Teresa de Lisieux, Juana de Aza y santo Domingo de Guzmán, santa Silvia de Roma y san Gregorio Magno...

6

MILÁN, 1995

*Hay que convencerse de que Dios siempre
se comunica con nosotros y quiere estar.
siempre en contacto con nosotros*

A los cuatro años sus padres matricularon a Carlo en la escuela infantil Parco Pagano en Milán.

Carlo no tenía hermanos y eso lo llevó a ser abierto, simpático y a hablar mucho con los demás. Con buen humor, siempre intentaba que todos se sintieran bien a su alrededor. Le encantaba estar con los otros niños del parvulario, compartir su tiempo y jugar con ellos. Pero también era tranquilo y no le agradaba reaccionar de modo violento cuando había peleas o sus compañeros le pegaban.

Beata, la niñera polaca, lo veía «demasiado bueno», se enfadaba y lo animaba a que se defendiese de los golpes de sus compañeros cuando se metían con él o le caía algún cachete, pero Carlo no quería usar la violencia para defenderse.

«El Señor no estaría contento si reaccionase violentamente», decía muy convencido.

Y Carlo intentaba arreglar los conflictos, que serían sobre juguetes, toboganes o columpios, de manera pacífica, sin golpes ni zurras.

7

MIRADAS

*Para mí, ser cristiano implica observar el mundo
y transmitir mi alegría y fuerza a los demás.*

Una mirada.

La mirada de niño que se detiene en un chico mal vestido que anda de la mano de su madre y pide una moneda a los transeúntes.

Unos ojos que se encuentran con los de un mendigo en la puerta de un edificio, o que observan al que se cubre con cartones en los soportales. No aparta la vista ante la miseria. No mira hacia otro lado.

Él podría estar ahí. Solo la casualidad o la Providencia han hecho que Carlo naciera en una familia con dinero. No se siente rico.

Y sabe que no puede solucionar grandes problemas, pero sí está en su mano ayudar a los que encuentra en su camino.

Desde principios del siglo xx vivía en el convento de los capuchinos de la vía Piave de Milán un fraile de nombre Cecilio María Cortinovis. Atendía la portería, y desde allí vio pasar dos guerras mundiales, varias crisis económicas y una fila interminable de personas que pedían ayuda.

Cortinovis se podía haber limitado a repartir alimentos, medicinas y ropa desde su portería, pero sabía que podía hacer

más. Y salió a pedir ayuda puerta por puerta para construir un comedor. Algunas se abrían, otras no. Y fundó la Obra de San Francisco, un comedor social que daba de comer a miles de personas todos los días.

Carlo conoció esa labor social y a fray Giulio Savoldi, el fraile capuchino con el que se confesaba Cortinovis.

Comenzó a guardar las monedas de sus ahorros en una hucha. Y un día, cuando consideró que ya tenía dinero suficiente, la llevó al comedor para que alimentasen a los niños pobres.

Sujetaba la hucha llena de monedas con la inocencia del niño de cinco años que no conoce el valor del dinero y cree que lleva una fortuna con la que se alimentarán muchas personas. Carlo dio todo lo que tenía.

Años más tarde seguiría ofreciendo su paga para mantener el comedor y ayudaría como voluntario a servir las comidas a los que allí acudían.

La casualidad o la Providencia llamaron de nuevo a la casa de los Acutis cuando Beata se marchó para continuar sus estudios y su carrera profesional.

Esta vez llegó un joven de nombre Rajesh Mohur, que venía de las lejanas islas Mauricio y pertenecía a la casta de los sacerdotes brahmanes hindúes.

Rajesh comenzó a trabajar en la vía Ariosto: cuidaba de Carlo cuando sus padres se encontraban fuera, lo llevaba al colegio, a misa o al parque, donde Carlo jugaba con sus amigos o con el propio niño. Si algún niño se caía o se hacía una herida, Carlo corría a preguntarle cómo se encontraba y si se había hecho daño.

Carlo enseguida se hizo amigo de Rajesh. A Carlo no le importaba la raza de la gente, el dinero que tuviera o su religión. Trataba a todos por igual y con respeto.

Con el tiempo y a pesar de la edad, la amistad creció y Rajesh se convirtió en su compañero de juegos y confidente. Lo llamaba «mi amigo de confianza».